

DON ENRIQUE MACKAY Y SERAFÍN PÉREZ SORIA

LA HISTORIA DEL INGENIERO Y EL GUARDA EN LA SIERRA DE CAZORLA

María Rosa García Fernández

RESUMEN: En la sierra La Cabrilla, de Cazorla, provincia de Jaén, se fraguó la historia de la amistad entre el ingeniero de montes don Enrique Mackay y el guarda Serafín Pérez Soria, al hilo de la cual, se van describiendo las costumbres y el ambiente de los años 1950, 60 y 70 en la Sierra de Cazorla.

Este año 2018 se cumple el 60 aniversario del comienzo de esta historia, primero, con una simple relación laboral, entre el propietario de una finca y su obrero; enseguida, se va enriqueciendo con una relación profesional entre el ingeniero de montes y el guarda, entre el ilustre y estudioso explorador de la Sierra y el sencillo serrano criado en ella; y se va convirtiendo en una relación humana y entrañable entre el maestro y su discípulo, entre el anciano y el joven, entre la experiencia y la frescura. Una amistad basada en la confianza, el afecto y el respeto, que surgió por unas circunstancias excepcionales. Surgió del encuentro en un determinado momento de dos personas grandes y sabias en la agreste y espléndida sierra la Cabrilla Baja.

Con nuestros personajes se experimenta el mítico “retorno a la Naturaleza”, ese deseo del ser humano de regresar a un estilo de vida sencillo y armonioso con el mundo natural (la Sierra de Cazorla, en este caso), en el que ellos decidieron vivir.

En una sierra lejana, escondida y espléndida, llamada La Cabrilla, en el extremo meridional de la Sierra de Cazorla, quiso el destino que se fraguara esta historia.

EL ENCUENTRO

Era el día 3 de octubre de 1958 cuando don Enrique Mackay, el prestigioso ingeniero de montes, ya jubilado, recibió en el despacho de su casa, en la calle del Carmen 8 de Cazorla, a Serafín, un joven serrano



Don Enrique Mackay Monteverde,
nov-1954.



Serafín Pérez Soria,
sobre 1955-56

de la Canalilla, más abajo de la Nava de San Pedro, que, cumplida la mili, pretendía el trabajo de guarda de La Cabrilla Baja¹.

Era ésta la sierra que su esposa doña María Moreno había heredado de su padre, el empresario cazorleño don Manuel Moreno Tallada, que la había comprado en una subasta del Estado en 1898².

Serafín se había enterado del empleo por el *tío* Pedro Escudero, apodado “el de La Cabrilla”, que se iba a jubilar de la guardería de la finca, y por algunos guardas forestales avisados por el ingeniero don Estanislao de Simón, sobrino de Mackay³.

En la entrevista, Serafín transmitía ese aire serrano vivo, natural y cercano, de buena casta; se expresaba con el rico y genuino habla de la Sierra, con prudencia, inteligencia y respeto, y mostraba conocimiento y entusiasmo por las cosas de los montes donde se había criado.

Sólo por su presencia y su mirada supo don Enrique que era la persona que buscaban y más convencido quedó cuando Serafín le refirió que era hijo de María Francisca, la serrana amiga de sus hijas. Don Enrique y su esposa tuvieron la convicción de que Serafín saldría a su madre y acertaron^{4,5,6}.

Don Enrique tenía entonces 82 años y Serafín 26 (nuestros protagonistas nacieron el 21 de enero de 1876 y el 16 de junio de 1932, respectivamente).



Despacho de don Enrique, casa de calle del Carmen 8,
Cazorla, 11-mayo-2003. (Foto: Segundo Lería G.^a).



Casa forestal de la Nava de San Pedro, Navahondona, Sierra de Cazorla, 1912
(Foto: E. Mackay)

María Francisca había nacido en 1908 en un cortijillo de Poyo Manquillo, en la Nava de San Pedro. Sus padres Josillo y Andrea se llevaban muy bien con don Enrique y doña María, que pasaban el verano en la casa forestal de la Nava, y sus hijas, de similar edad, jugaban juntas y hacían excursiones. M^a Francisca les contaba leyendas de la Sierra. Entre otras, que los vecinos de allí decían “haber visto la mañana de San Juan a la *Encantá* en la puerta de la cueva de Poyo Manquillo, peinándose una mata de pelo rubio *mu rizá*” o que “los caracoles de piedra que aparecen por los barrancos son de cuando las aguas cubrieron la Sierra en el Diluvio Universal”, contando todos los detalles de cómo ocurrió, como si lo hubiera vivido. Lo pasaban tan bien que las niñas Mackay iban al cortijillo de la *tía* Andrea a pedirle que dejara a María Francisca pasar la noche con ellas y también M^a Francisca las visitaba en la casa de Cazorla^{7,8}.

LA VIDA EN LA CABRILLA

Nada más firmaron el contrato, Serafín se juramentó en el Ayuntamiento ante el Alcalde don José Lorente Ruiz para poder ejercer de guarda jurado y sacó en el Gobierno Civil el permiso especial para utilizar “arma larga *rayá*” (una carabina). Se fue a vivir a la casa-cortijo de Collado Verde o de La Cabrilla, hoy en ruina, en el barranco de los Tornajos de Navacenteno que separa La Cabrilla Alta de la Baja, enfrente del Tabacal.



Ruinas de la casa-cortijo de La Cabrilla, sept. 2003. Serafín con Segundo Lería Mackay.
(Foto: M.ª Rosa García)

Era la casa que habitaba el *tío* Pedro Escudero, que se quedó en el monte con Serafín un año y pico más, para enseñarle las lindes de las parcelas y a llevar aquello.

Entonces, el guarda tenía que vivir en la finca y vigilarla hasta por la noche porque abundaban los matuteros. Por la miseria que había, se llevaban los pinos para las vigas de las casas. De día veían los pinos buenos y de noche venían dos o tres con una caballería. Sonaba el hacha, luego llegaba el silencio, y sacaban los largos troncos con mucho sigilo.

La Cabrilla se había convertido en la casa, la sierra y el único mundo de Serafín, que velaba por su cuidado casi las 24 horas del día. Sólo uno o dos meses del crudo invierno, se iba a dormir a casa de sus padres en la Canalilla^{9,10}.

La Cabrilla Baja es una sierra agreste y oculta, un “monte alto” con cumbres de hasta 2.008 metros de altitud (el Picón de los Tejos) y grandes depresiones, con pendientes muy acentuadas y hondos cauces, poblada de esbeltos pinos salgareños¹¹, que Serafín muy pronto conoce, recorre, trepa, sube y baja, olfatea y rastrea, como ágil criatura de esta majestuosa Naturaleza.

Sabe y cuenta con una memoria prodigiosa todo sobre ella. Que en 1958 había en La Cabrilla Baja dos pegueras dando abundante alquitrán y unas cuatro abandonadas. Que la del Tabacal la explotaban unos del Pozo y la de fuente Gallinero, los hermanos Genaro. Que poco después también éstas se abandonaron. Que aquí habitaban los quebrantahuesos y tenían un rompedero; la última pareja vivió hasta mayo de 1984 y murió por el veneno que echaban en Castril a las alimañas. Que en su variado suelo se dan muchas plantas medicinales: la mejor, el carnaillo, también el té de roca, la *doraila*, la yerba de la sangre, la manzanilla, el rompe-piedras y tantas otras.

Una vez al mes, Serafín montaba su yegua camino de Cazorla para cobrar y dar los partes de la finca. Siempre llevaba a los señores huevos o alguna otra cosa para tenerles una atención. Nada más entrar en la casa, se quitaba la gorra en señal de respeto, empujaba el portón y subía por la elegante escalera de maderas de la Sierra. Cuenta que “entonces los pobres tenían mucha distancia con los señoritos”.

Don Enrique siempre estaba metido en el despacho con sus estudios forestales. Serafín dice que “don Enrique no salía del despacho si tenía un tema en la cabeza, ¡era el hombre más inteligente que yo he conocido!” (por estos años, Mackay estaba enfrascado escribiendo su tratado de *Dasometría*)¹².



Don Enrique Mackay y doña María Moreno (dueña de La Cabrilla Baja) en la terraza de su casa de Cazorla.

A Serafín siempre lo recibía, porque le gustaba su conversación de la Sierra y se les pasaba el tiempo sin sentir.

Enseguida le tuvieron mucha confianza al joven guarda. Doña María le decía: “Serafín, ¿qué le dices a don Enrique, que se ríe tanto contigo?”, y aprovechaba, cada vez que iba, para ordenarle composturas que hacer en la casa¹³.

Por aquellos tiempos, don Enrique, su esposa y su hija Fe, apasionados de La Cabrilla, la visitaban un par de veces al año.

Para este viaje tenían que atravesar toda la Sierra. Venían desde Cazorla en el Ford de pedales de Bernardino Caravaca “el Jeta” hasta el cortijo del Barranco del Guadalentín, aquí los recogían en caballería y por Tranco Tapao y Navacenteno llegaban al cortijo de La Cabrilla^{14,15}.

Don Enrique iba muy derecho en el caballo y las mujeres montaban a la amazona. La imagen de Doña María era inolvidable: iba subida en la mula con su cuerpecillo consumido y con sus pies bien sujetos en la albarda, llevaba en una mano el bastón, debajo del brazo, el viejo bolso alargado negro con un cordoncillo por asa, donde guardaba el dinero y su abultado manajo de llaves, y en la otra mano, una sombrilla. Montados en las bestias caminaban durante algo más de una hora camino del paraíso¹⁶. Iban subiendo, bajando y avanzando poco a poco por retorcidas sendas y al borde de precipicios.



Don Enrique en la Sierra, abril-1957, con su hija Felisa y sus nietos Segundo, Enrique, Fátima, Felisita y M.^a Elena Lería Mackay. (Foto: San Antonio).

EL INVENTARIO DE 1959. UN INTENSO TRABAJO DE EQUIPO EN PLENA NATURALEZA

Años atrás, Mackay había redactado el *Plan Dasocrático de La Cabrilla Baja*, aprobado por la administración forestal el 14 de noviembre de 1942¹⁷; ahora necesitaba actualizar los datos.

Entre el 1 y el 18 de octubre de 1959, don Enrique va a acometer el *Inventario* de pinos de la finca^{18,19}.

Se va a vivir con Serafín y el *tío* Pedro a la casa-cortijo de La Cabrilla, le acompañaba doña María y su hija Fe. Les atendía Emilia, esposa del *tío* Pedro y estupenda cocinera.

Don Enrique, doña María y la señorita Fe se quedaban en las dos habitaciones que tenía la casa; el *tío* Pedro y su mujer, en las cámaras de arriba y Serafín con los demás hombres en la cocina, en colchones de lana, con una manta y con los pies hacia la chimenea encendida.

Este apasionante trabajo en el monte va a ser el periodo de mayor convivencia de don Enrique, con casi 84 años, y de Serafín, con 27.

Todos los días, a las ocho de la mañana, Serafín comenzaba las labores con 12 hombres, el *tío* Pedro llevaba la comida en la yegua y a cierta hora iba a recoger a don Enrique al cortijillo para traerlo al tajo.

La edad no pesaba para el ingeniero, con su habitual fortaleza física y capaz de moverse con facilidad por cualquier paraje, dirigir los trabajos y sentir la belleza del monte, contemplar los majestuosos y agrestes paisajes desde sus principales balconadas, observar los nidos de los buitres y los del águila real, los pinos centenarios y los “bandera” de las cumbres, formados por el viento; descubrir una o varias monteses, el olor de los pinos y de las plantas, porque todo lo del monte le gustaba muchísimo.

Don Enrique hacía la inspección normalmente en yegua, se le veía siempre contento, a veces comentaba la tarea o el paisaje, a veces guardaba silencio y a veces tarareaba alguna canción. Serafín, escuchaba atento al sabio maestro. Los dos conocían todos los rincones, los dos eran muy elocuentes y trataban siempre del mismo tema, de la Sierra. Sólo hablaban de las mil y una cuestiones del monte, porque don Enrique, de natural modestia, nunca hablaba de sí mismo.

Iban recorriendo la abrupta topografía de la finca, señalando los pinos maderables y manteniendo los más hermosos, conversando sobre las ovejas y los pastos, las plantas autóctonas y las aromáticas, las posibles vías de saca y los jorros, el silbato del viento que trae la pronta lluvia, las



Tornajos de la fuente de los Prados de Mata, La Cabrilla, 03-oct-1993. Segundo Lería Mackay. (Foto: M.ª Rosa García).

mejores fuentes de agua. Ambos tenían la costumbre de ir limpiando las fuentes que se encontraban para mantenerlas vivas.

Para el consumo diario, Serafín cargaba en su yegua hasta la casa una garrafa de cuatro a ocho litros de la fuente de los Prados de Mata, bajo el Picón de los Tejos, la que prefería el ingeniero por su fina agua, pues gustaba de beberla en ayunas, nada más levantarse.

Por encima de ésta, se encontraba otra fuente que fue bautizada en aquellos días por don Enrique como la del Abanico^{20,21}.

Serafín cuenta con satisfacción: “fueron los días que más aprendí de toda mi vida. Yo entraba en éxtasis al escucharlo”. Y nos reíamos mucho.

Don Enrique le decía: “A ver, Serafín, calcula el diámetro de ese pino”. Una vez contestaba, se acercaban al árbol, metían la forcípula y al ingeniero le daba mucha risa cuando Serafín se equivocaba, aunque la diferencia no solía superar el cm. Así, medio jugando, lo ponía en el aprieto para que calibrara más ajustado.

Uno de los lugares preferidos de don Enrique era la fuente Gallinero, que salía entonces a través de la raíz de un pino, que filtraba el agua dándole efectos beneficiosos o incluso curativos, entre ellos, era remedio para la tos ferina, según la creencia de los serranos.

Está alimentada por tres fuentes superiores: la de los Prados de Salas y las citadas del Abanico y de los Prados de Mata.

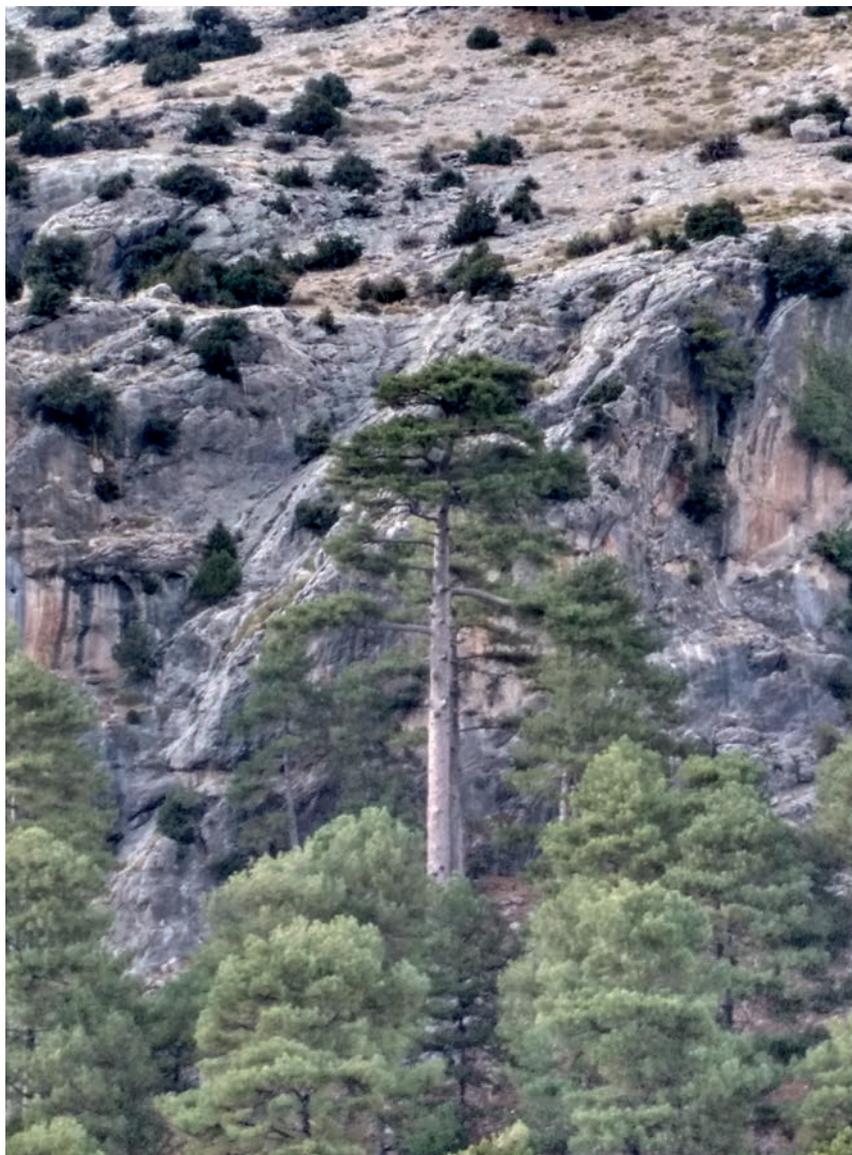
El agua de la fuente Gallinero discurre por el barranco del mismo nombre, en la entrada natural de la finca, junto al camino de herradura que desde las casas del Almicerán o desde Pozo Alcón remontaba a los altos de La Cabrilla y de la sierra de Castril.

Cuando don Enrique pasaba por aquí bebía abundantemente, diciendo siempre: “¡Caramba, qué fresca está y qué buena es!”^{22,23}.

La fuente Gallinero ha sido siempre lugar de parada, de comida, de descanso y de contemplación, de todo el que entra y sale de La Cabrilla Baja.

Desde aquí, Mackay se extasiaba con los pinos próximos a la peguera de Gallinero, que se conserva restaurada. Uno de ellos, es el que tiene más fuste de toda La Cabrilla (38 metros de alto y 4,75 metros de circunferencia a la altura del pecho) y el más elegante por su rectitud. Nació en el siglo XVI. Don Enrique se pasaba largo rato escuchando el susurro de la fuente y diciéndole piropos al pino: “¡Qué pino, ¡cuánto ha tardado en crecer!, ¡qué monumento!”^{24,25}

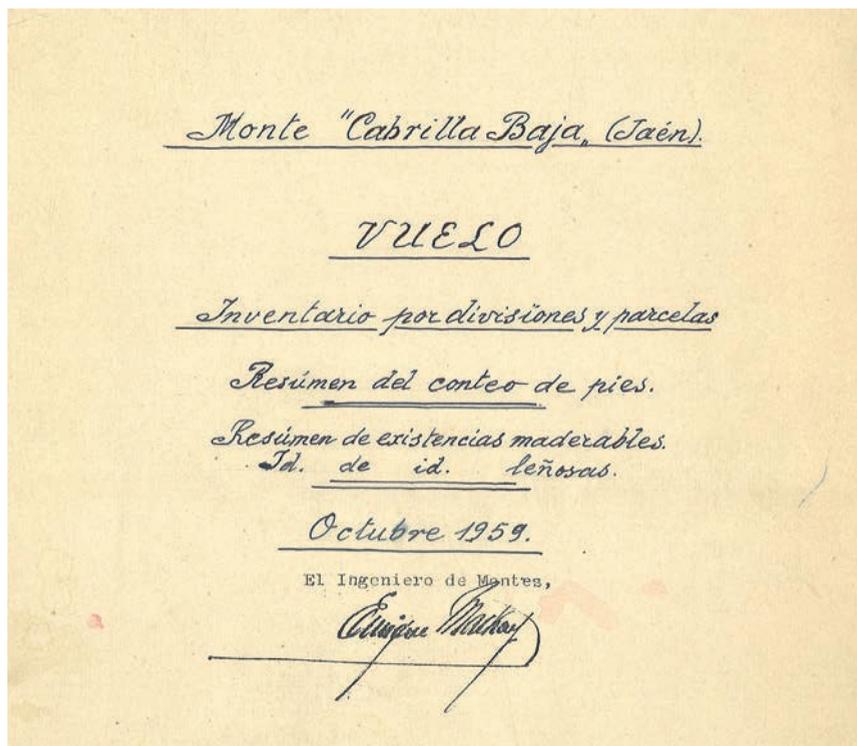
En honor a don Enrique, Serafín lo bautizó como “el Abuelo”. Por aquel entonces, ya había desaparecido, víctima de un rayo, el que fuera, antes que éste, famoso pino de “el Abuelo” (42 metros de alto y 1,85 metros de diámetro) de Robledo del Toril, en la demarcación de la Fresnedilla, de la Sierra de Cazorla^{26,27}.



El pino del Abuelo (E. Mackay), La Cabrilla. (Foto: Francis Pérez, 3-oct-2016).



Los bisnetos: Enrique, Victoria y Margarita Lería-Mackay Garay; Fernando, Enrique y Segundo Lería G^a. (Foto: M.^a Rosa G.^a 12-jun-1993).



Inventario por divisiones y parcelas (conteo de pies, de existencias maderables y leñosas), monte "Cabrilla Baja" (Jaén), octubre 1959. El Ingeniero de Montes, Enrique Mackay

Mackay regresaba al cortijillo antes que el resto del equipo para ponerse a trabajar y enseguida hacía los cálculos de lo que se había señalado y medido en la jornada. Se encerraba en una de las habitaciones y permanecía allí hasta la noche con un quinqué, porque nunca estaba parado.

La vida en la casa era muy sencilla. Los arrieros del carbón o del alquitrán traían de Pozo Alcón azúcar, café o arroz. Un pastor les dejaba dos litros de leche recién ordeñada. A don Enrique le gustaba todo, tenía muy buen comer. De desayuno, una torta de gachamiga recién hecha con el café, y para el almuerzo, le encantaba el cocido con su caldo²⁸.

Por aquel entonces, transitaba la Sierra más gente de brega, porque había muchos aprovechamientos forestales, y pasaban por la casa de La Cabrilla pastores, leñadores, carboneros, pegueros y arrieros con sus mulos, que venían con el alquitrán en pieles de cabra de las pegueras del Barranco de Ramblaseca, del Barranco Ginés y de la Nava el Asno, en La Cabrilla Alta. Como la caballería era el único medio de transporte en la

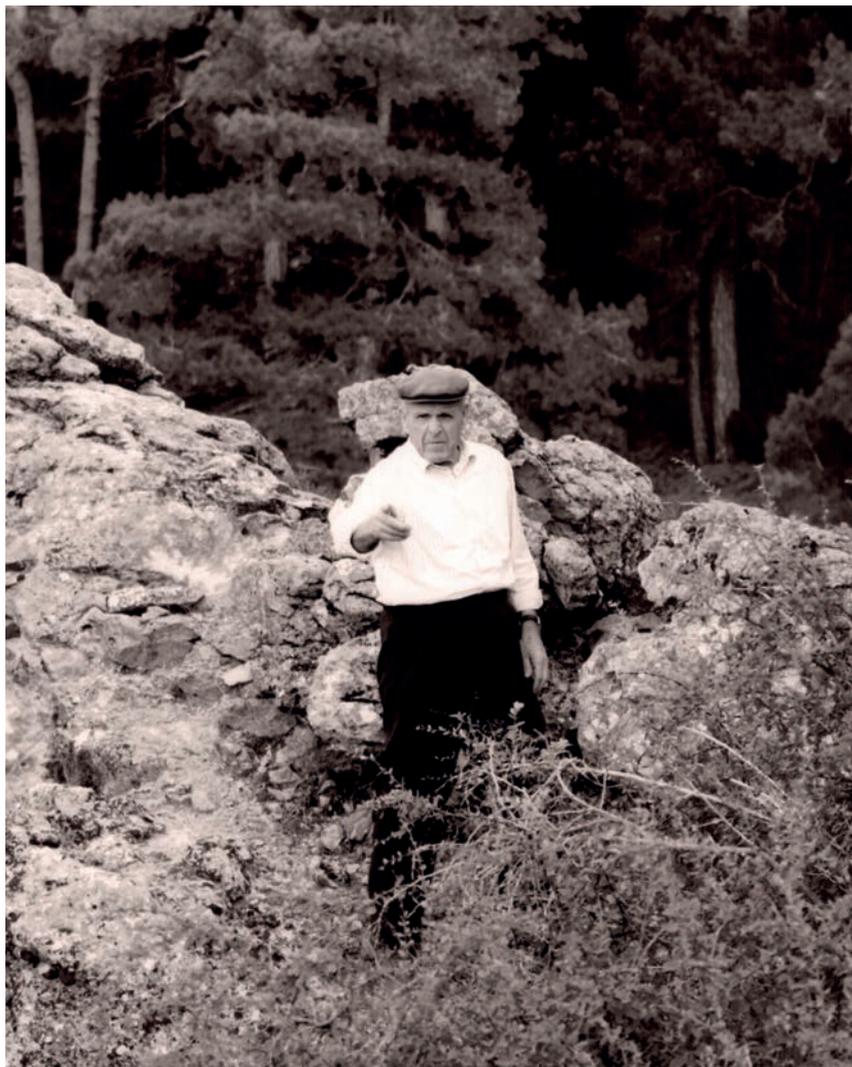
Sierra, era costumbre ofrecer hospedaje a los arrieros y a otra gente, que siempre te correspondían con recados y favores.

Llegaban cansados, descargaban, metían las caballerías en el establo y, si lo necesitaban, se les daba colchón y manta, que había en las cámaras, dispuestos para el que llegaba, y dormían en la cocina junto a la lumbre, sobre el colchón o sobre el aparejo de su caballería.

La tertulia con historias y música era el único entretenimiento. Algunas noches del *Inventario* se juntaban aquí unas 20 personas, arrieros,



Don Enrique Mackay sobre Manrique. Sierra de Cazorra, jul-sep 1916. (Foto: E. Mackay).



Serafín en La Cabrilla, sobre 2001.

carboneros y pastores. Un carbonero de Castril contaba cuentos y chascarrillos, otro tocaba la guitarra y don Enrique se reía muchísimo con ellos. Las mujeres no solían participar.

Pasaron noches inolvidables y se incrementaron las relaciones humanas²⁹.

Sobre el día 16, los 12 hombres terminaron el trabajo y se marcharon. Don Enrique se quedó unos días más con Serafín, seleccionando los

“árboles medios” a emplear en la cubicación del conteo de pies, para obtener los m³ de madera de la finca. Resultó un interesante *Inventario* por divisiones y parcelas, con resúmenes del conteo de pies y de existencias maderables y leñosas^{30,31}.

Había nacido un fuerte vínculo de respeto y confianza entre el ingeniero y el guarda. Era una intensa relación ligada a las vivencias diarias en el monte, a su geografía, a su topografía, a su variada foresta y a sus animales, a los olores a pino, a mantillo y a calares húmedos, a la brisa que acaricia barrancos y cumbres.

SERAFÍN DECIDE CONTINUAR EN LA CABRILLA³²

Unos meses después del *Inventario*, sobre mayo de 1960, la intervención de don Enrique hizo que Serafín decidiera continuar su vida en la Sierra.

Por aquellos años, había mucha emigración de esta zona a Barcelona, allí estaban unos primos de Serafín, que ganaban más dinero en una fábrica y venían con fanfarronería y mucha fantasía, diciéndole que era tonto por estar aquí. Serafín tenía las cosas muy claras y dice: “A mí no me gustaba emigrar, lo que yo deseaba era poder comprarme algún día un par de fanegas de tierra, para tener una casa y una huerta, porque yo quería estar en mi tierra. Mire usted, ¡yo siento por todo esto un tirón *mu grande!*”.

Ganaba entonces 300 pts/mes más la seguridad social, sueldo similar a las 275 pts/mes de un guarda forestal y a las 333,33 pts/mes de un guardia civil, y pensó que así no podía prosperar y se fue a Cazorla a hablar con la señora.

Doña María, como siempre, lo mandó a tratar con su marido. Le dijo: “Anda, Serafín, pasa y se lo dices a don Enrique”, al que le contó su situación y su deseo.

Don Enrique lo escuchó atentamente y le preguntó: “bueno, ¿y tú cuánto deseas ganar?”.

Él le contestó: “Pues, mire usted, don Enrique, para vivir sin estrecheces y no tenerme que ir fuera, yo querría ganar unas 800 pts al mes”.

Y don Enrique le dijo, como si nada: “Anda, ve y dile a la señora que te dé 1.000 pts, que ella puede pagártelo”.

El mozo quedó desconcertado, sin creerse del todo lo que había oído.

En esto, doña María golpeó con su bastón la puerta del despacho, entró y le preguntó: “A ver, dime, ¿tú cuánto quieres ganar?” y cuando Serafín, muy cortado, se lo dijo, ella gritaba furiosa: “¡Que se habrán creído..., me van a arruinar entre todos...!”

Don Enrique terció enseguida. Él nunca le decía a su mujer: “Haz o no hagas” en sus bienes, sino que le daba su parecer cuando ella se lo pedía³³, como fue el caso, y doña María le pagó a Serafín las 1.000 pts mensuales.

Serafín se casó meses después, el 22 de noviembre de 1960, con Carmen, vecina del Almicerán, un diseminado cercano a la finca, del término de Cazorla, y vivieron en la casa de La Cabrilla una larga luna de miel hasta 1966. Fueron seis años muy felices y muy duros en aquellas condiciones y con aquella soledad³⁴; “en el dormitorio, se oía el sonido del “jaspé” en el establo, que estaba pared con pared (era la venenosa víbora áspid)”.

Aquí, en pleno monte, tenían una cabra, unos marranos y 60 gallinas sueltas en el Tabacal, que comían tantos piñones y tan sabrosos, que no querían otra cosa y ponían muchos huevos, con los que ganaron mucho, lo que unido a su nuevo sueldo, animó a Serafín a pedir unos dineros a un prestamista al 20%, que pudo pagar con sacrificio en 4 o 5 años. Con él se compró un terrenico en el Almicerán y se fue construyendo, con escasos medios, una casita a partir de 1961, de forma que entre marzo y noviembre vivían en la casa de La Cabrilla y los tres meses de invierno se iban a vivir a su casa en el Almicerán, que, aunque no estaba terminada, tenía una cocina y un dormitorio.

Su sueño se hacía realidad.

SU ADMIRACIÓN POR “EL MAESTRO”

El 3 de noviembre de 1962 fue un día importante para don Enrique, el Cuerpo de Ingenieros de Montes le tributaba un homenaje en Cazorla y en la Nava de San Pedro. Asistían personalidades, muchos ingenieros, ayudantes, guardas y la familia³⁵.

Como don Enrique era la persona que más sabía de todos los detalles de la Sierra, los forestales le preguntaban cada vez que tenían dudas.

En esas fechas, en el deslinde que se estaba haciendo entre Tranco Tapao (Barranco del Guadalentín) y las buitreras de La Cabrilla, no encontraban un “cara *labrá*” (mojón de piedra grabada con M. P. –Montes Públicos– y el guarda forestal Orencio Carrascosa le dijo a Serafín que le preguntara a don Enrique.



Homenaje a don Enrique Mackay del Cuerpo de Ingenieros de Montes en la Nava de San Pedro, 03-nov-1962. En 1.ª línea, de izda. a dcha.: D. José Mtnez.-Falero y Arregui, D. Enrique Mackay Monteverde, D. Salvador Sánchez-Herrera Calle (Dtor. Gral. de Montes, Caza y Pesca Fluvial), D. Luis Ceballos y Fdez. de Córdoba (Presidente de la Asociación de Ingenieros de Montes), D. Luis Sanguino Bénitez (profesor y Director de la Escuela de Montes), D. Juan Mtnez. Ortega (primer Tte. de Alcalde del Ayto. de Cazorla); sentadas: Pepita Mackay Moreno, D.ª María Moreno Mtnez. (esposa de Mackay), D.ª Pía Lora (esposa de Mtnez.-Falero), varias hijas y Fe Mackay Moreno. (Foto: Rogelio Conde).

Serafín se le acercó en la Nava aprovechando un momento oportuno, le preguntó, y don Enrique le respondió de forma inmediata: “En el púlpito de piedra, buscar una sabina que tendrá ahora tal tamaño, porque habrá crecido. Debajo de la sabina, junto a un “coconchillo” de agua (concauidad en la piedra que retiene agua de lluvia), seguro que está oculto el “cara labrá””. Estas indicaciones, enigmáticas para cualquier persona ajena al medio serrano, que pudieran parecer un acertijo o la búsqueda de un tesoro escondido en un territorio misterioso, fueron enseguida entendidas y comunicadas de guarda a guarda.

Lleno de curiosidad, Orencio corrió al sitio a primera hora de la mañana siguiente, y allí, debajo de la sabina, tal como lo había descrito don Enrique (con casi 87 años), encontró el mojón que buscaban.

Serafín cuenta siempre la veneración de los guardas forestales hacia don Enrique, que, a su vez, confiaba mucho en ellos para sus proyectos en la Sierra.



Los guardas forestales Juan Agea y Nicasio Lorente, Sierra de Cazorla, sobre 1916.
(Foto: E. Mackay).

Los guardas decían que era el único ingeniero que los reunía en una casa forestal (los Collados, Nava de San Pedro, Nava del Espino, Vadillo, el Oso), les hablaba sobre lo que tenían que hacer y con su autoridad y su palabra los comprometía, y también les conseguía dietas por los trabajos de repoblación, complementando sus sueldos.

Serafín recuerda al *tío* Antonio Peralta (se jubiló como guarda en la casa forestal del Puntal de Ana María), que “se levantaba del asiento y se ponía de pie cada vez que hablaba de don Enrique”, pues sólo con nombrarlo, lo hacía presente.

Y otra anécdota: cuando en 1919 don Enrique empezó a instalar el teléfono en la Sierra, algunos guardas no sabían lo que era aquello. Al *tío* Catalina le dijeron otros guardas. “Oye, cuando hables por este aparato, te quitas el sombrero, que estás hablando con el jefe”. Y él se lo quitaba convencido, como si estuviera delante del ingeniero³⁶.

LA CASA DEL ALMICERÁN, NUEVO ACCESO A LA CABRILLA

Era el año 1966, cuando Serafín se trasladó definitivamente a su casa del Almicerán, que ya tenía dos dormitorios, aunque aún seguía con el suelo de tierra apelmazada e iluminada con un candil, y fue haciendo una hermosa huerta. Aquí nacerán sus dos hijos: Ramón, este mismo año 1966, y Francis, en 1968, y se traerá a sus ancianos padres en 1972.

Dice que “entonces y hasta 1972, como no había carril hacia La Cabrilla, subíamos en caballería o a pie y, aunque estamos a su vera, tardábamos desde mi casa unas dos horas para arriba y dos horas para abajo”. “Pero lo importante es que pude quedarme a vivir aquí, en mi tierra”³⁷.

La casa de Serafín va a convertirse a partir de 1966 en punto de encuentro para subir a La Cabrilla. Va a ser como un “campo base”, imprescindible antes de ascender a la indómita montaña. Aquí dejas tu vehículo y entras en otro tiempo y en otra forma de vivir, aquí se prepara el avituallamiento y también preparas tu espíritu con el mejor de los guías.



La casa de Serafín en el Almicerán, oct-1990. Carmen, Segundo y Fátima Lería Mackay, M^a Francisca y una amiga. (Foto: M^a Rosa García).

Fue durante los años 60 y más cuando la casa de la Cabrilla ya estaba deshabitada, a partir del 66, cuando don Enrique, su esposa y su hija Fe, cambiaron su itinerario y venían en el coche de uno de los hermanos Caravaca, Bernardino o Alfonso, por el puerto de Tiscar hasta más arriba de Pozo Alcón y luego, por carril de tierra y vadeando el Guadalentín (pues el puente-embalse de la Bolera no se terminó hasta 1967), llegaban a la venta Manzano en el cruce con el camino de Castril, próximo a la casa del Almicerán. Aquí los recogía Serafín con caballería y se alojaban en la casa forestal del Carrascalejo, a donde los iba a buscar cada día para ir a La Cabrilla.

A pesar de que los señores tenían costumbre de montar en bestia y de su gusto por disfrutar de la finca, este trajín no dejaba de ser una odisea para personas ya mayores. La última vez, sobre 1967 o 68, les falló el coche de Bernardino y tales eran sus ganas de estar en La Cabrilla, que vinieron desde Cazorla hasta la venta Manzano en la cabina de un camión. Aunque parezca increíble, así ocurrió, vinieron en la cabina de un camión, con más de 90 años y por aquella carreterucha estrecha y serpenteante. María Francisca se venía en mula desde la Canalilla a la casa de su hijo en el Almicerán a recibirlos.

En esta ocasión doña María y la señorita Fe subieron a La Cabrilla con Serafín y don Enrique se quedó en la casa con María Francisca y con Carmen. Se encontraba algo cansado³⁸.

Parcelas y subparcelas de la Cabrilla Baja																									
<p>Monte de la P. 10</p> <p>Pinos Pequeños 90</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 2</p> <p>y de Riscaleros 4 Hanegas</p> <hr/> <p>Sul de la P. 10</p> <p>Pinos Pequeños 125</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 3</p> <p>y de Riscaleros 2 Hanegas</p> <hr/> <p>Parte Vajo de la P. 11</p> <p>Pinos Pequeños 1000</p> <p>Zo de Repoblada</p> <p>y de Riscaleros 3 Hanegas</p> <hr/> <p>Parte Alto de la P. 11</p> <p>Pinos Pequeños 500</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 2</p> <p>y con Riscaleros 2 Hanegas</p> <hr/> <p>Parte Vajo de la P. 12</p> <p>Pinos Pequeños 500</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 3</p> <p>y de Riscaleros 6 Hanegas</p> <hr/> <p>Parte Alto de la P. 12</p> <p>Pinos Pequeños 350</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 2</p> <p>y de Riscaleros 5 Hanegas</p>																									
<p>RASOS</p> <p>Productivos... 35</p> <p>Improductivos... 65</p> <p>Total... 100</p>	<table border="1"> <thead> <tr> <th>Parcelas</th> <th>Parcelas</th> </tr> </thead> <tbody> <tr><td>2</td><td>4</td></tr> <tr><td>1</td><td>2</td></tr> <tr><td>2</td><td>2</td></tr> <tr><td>3</td><td>6</td></tr> <tr><td>2</td><td>5</td></tr> <tr><td>6</td><td>6</td></tr> <tr><td>7</td><td>3</td></tr> <tr><td>2</td><td>4</td></tr> <tr><td>2</td><td>8</td></tr> <tr><td>2</td><td>12</td></tr> <tr><td>35</td><td>65</td></tr> </tbody> </table>	Parcelas	Parcelas	2	4	1	2	2	2	3	6	2	5	6	6	7	3	2	4	2	8	2	12	35	65
Parcelas	Parcelas																								
2	4																								
1	2																								
2	2																								
3	6																								
2	5																								
6	6																								
7	3																								
2	4																								
2	8																								
2	12																								
35	65																								
<p>Monte de la P. 13</p> <p>Pinos Pequeños 1.500</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 6</p> <p>y de Riscaleros 6 Hanegas</p> <hr/> <p>Sul de la P. 13</p> <p>Pinos Pequeños 300</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 7</p> <p>y de Riscaleros 3 Hanegas</p> <hr/> <p>Monte de la P. 14</p> <p>Pinos Pequeños 1.300</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 2</p> <p>y de Riscaleros 4 Hanegas</p> <hr/> <p>Sul de la P. 14</p> <p>Pinos Pequeños 150</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 2</p> <p>y de Riscaleros 2 Hanegas</p> <hr/> <p>Monte de la P. 15</p> <p>Pinos Pequeños 140</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 4</p> <p>y de Riscaleros 10 Hanegas</p> <hr/> <p>Sul de la P. 15</p> <p>Pinos Pequeños 80</p> <p>Hanegas de tierra sin pinos 2</p> <p>y de Riscaleros 12 Hanegas</p>																									
<p>Serafín Pérez</p>																									

RASOS (calveros o roales sin pinos) de La Cabrilla a repoblar, parcelas nº 10 a 15, 1969. Cálculos de don Enrique sobre los datos de "campo" de Serafín.

Hasta finales de 1969, don Enrique siguió actualizando y completando, con los datos que le traía Serafín, el *Plan dasocrático del monte La Cabrilla Baja*, su última obra forestal³⁹.

SERAFÍN ACOMPAÑA LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE DOÑA MARÍA Y DON ENRIQUE

Doña María falleció el 13 de abril de 1970, días después de firmar un pésimo contrato de La Cabrilla con el maderero Alcón. Sus últimas palabras fueron: "La Cabrilla, mi Cabrilla!, una y otra vez, hasta expirar, como vaticinando el lío que dejaba. Allí presente estaba Serafín para despedirse de la señora y acompañar a su familia. Efectivamente, el embrollo para sus descendientes ha sido mayúsculo durante muchos años⁴⁰.

Serafín accedió a la Guardería Forestal en 1972, con 40 años⁴¹. Se examinó en Jaén, le dieron el aprobado y se quedó allí para hablar con el ingeniero jefe, don Rosendo García Salvador.

Una vez que lo recibió, Serafín se presentó y le dijo: "Mire usted, don Rosendo, yo estoy de guarda jurado en la sierra La Cabrilla, la finca de don Enrique Mackay, tengo cerca una casita y a mi familia, es la zona

que mejor conozco y en la que mejor puedo prestar mis servicios. Temo que puedan mandarme a cualquier sitio alejado y quisiera quedarme allí”.

Cuando don Rosendo oyó que estaba en la finca de Mackay, se puso enseguida de pie, se alegró muchísimo, y le dijo: “¡Hombre, con don Enrique!, pues ese es el sitio donde usted debe seguir, cuidando de esa zona y de la caza de La Cabrilla”. Y lo destinó allí, en los Lanchares del Almicerán y en la sierra La Cabrilla, cuyos derechos de caza los había cedido la familia al Coto Nacional.

Gracias a aquella admiración de don Rosendo por Mackay, Serafín seguía en el Almicerán, en La Cabrilla y seguía haciendo la visita mensual a la casa de don Enrique a dar las cuentas y dineros a sus hijas, en la soleada salita de la costura.

Como siempre, lo hacían pasar al despacho; el maestro lo recibía como aire fresco de la Sierra y agradablemente lo saludaba y sonreía. Serafín le contaba las novedades de la Sierra: “Pues ahora la Renfe está haciendo un paso por tal sitio” y don Enrique le decía: “¡Caramba!, ¿y cómo han eliminado la mole de piedra que estaba allí?”

Cuenta Serafín: “Tenía el plano de todos los detalles de la Sierra en la cabeza. Te contaba las cosas de tal forma, que te parecía que las estabas viendo. Cuándo más lo admiraba era cuando hablaba y lo que más me llamaba la atención era su inteligencia, su sabio criterio en entender, en hacer y en conservar el monte. Yo coincidía en todo lo que decía, aprendí mucho de él”.

Va llegando el final del ingeniero, está físicamente agotado, tiene casi 98 años.

Su joven amigo Serafín (con 41 años) es su mensajero de la Sierra, sus visitas animan su alma. Don Enrique tiene la Sierra tan dentro y la transmite tan bien, que es para Serafín “la palabra” de la Sierra. Y Serafín es para don Enrique “sus piernas, sus ojos y sus oídos” en la Sierra.

No hubo despedida. A Serafín lo avisó Carmen la cocinera y fiel sirvienta de don Enrique, desde la casa de calle del Carmen a la casa del Carrascalejo, el 10 de enero de 1974. Volvió a su despacho como lo había hecho durante 15 años⁴². Allí yacía con su uniforme de gala de ingeniero de montes el hombre singular al que le llamaban los forestales y los guardas “viejos” *el padre de la reforestación de la Sierra de Cazorla* y también *el padre del saber*. Le rindieron honores y los guardas de montes uniformados lo llevaron a hombros. En el silencio de aquella comitiva camino del cementerio, al pie de la Peña, todos sentían que don Enrique seguía en la Sierra, seguía con ellos⁴³.



Cazorla, al pie de la Peña de los Alcones, sobre 1915. (Foto: E. Mackay).

Al tiempo que se fueron los señores, también mermaba, sin remedio, la gente de briega de la Sierra. El carbón, la leña y el alquitrán de la tea dejaron de utilizarse, sus oficios se fueron perdiendo, como también el de los arrieros del camino, y, con ellos, se han ido borrando las centenarias sendas y languideciendo muchas de las fuentes de la finca.

Hubo un resurgimiento de la actividad maderera (pero no de las costumbres) años después (entre 1987 y 2005), con los proyectos de corta y la apertura de los nuevos caminos para la saca, como el ingeniero había deseado y planificado⁴⁴.

Y ahí seguía el guarda, a pie de monte pendiente de todo, cuidando de su amada Cabrilla.

EL VÍNCULO DE AMISTAD PERMANECE VIVO

Serafín se jubiló como guarda del Estado en 1997, a los 65 años. Su hijo Francis lo sustituyó como guarda jurado de La Cabrilla Baja, aunque él dice que “de La Cabrilla sólo me jubilará la muerte”.

En el Almicerán, a la falda de la sierra La Cabrilla, la casa de Serafín, con sus padres, Carmen, sus hijos Ramón y Francis, y luego sus nueras y su nieto Francisco, ha seguido siendo siempre la casa abierta a la familia Mackay.



En la casa de Serafín, el Almicerán, 15-abr-1995. De izda. a dcha.: de pie, Francis Pérez y Segundo Lería G.^a; sentados, Carmen, Serafín, M.^a Francisca, Enrique Lería G.^a, M.^a Rosa G.^a y Fernando Lería G.^a. (Foto: Segundo Lería Mackay).



Comida en la fuente Gallinero, La Cabrilla, oct-1990. De izda. a dcha.: M.^a Francisca, Margarita Garay, Andrés Rrez. Lería, Fe Mackay, Margarita y Begoña Lería-Mackay, amigos, Serafín, Diego Rrez., Fátima, Segundo y Enrique Lería Mackay, don Segundo Lería, Felisa Mackay, Carmen y Daniel Ríos. (Foto: M.^a Rosa García).

Es la casa donde se vivía y se vive lo auténtico: el pan del horno de leña, el guiso en la lumbre, los animales criados por ellos en libertad, los huevos recién puestos, la verdura de la huerta, con enormes y sabrosos tomates y pepinos frescos, comidos con la navaja; y en el desván, aceite, chacina de matanza propia y conservas caseras, verduras y legumbres secas y yerbas del monte para todos los remedios; y, sobre todo, había y hay mucho corazón, mucho acogimiento.

Serafín ha tenido en su casa a las hijas, nietos y bisnietos de don Enrique, especialmente a su nieto el ingeniero de montes don Enrique Lería Mackay, que ha ejecutado en la finca los planes forestales de su abuelo.

En estos recónditos montes está Serafín siempre dispuesto al paseo por la hermosa Cabrilla, haciéndote gozar de la Sierra, contando historias de su devoción por don Enrique, subiendo riscos, llevándote de la mano en el precipicio para que no te despeñes, oteando vistas, descubriendo animales, advirtiéndote del jaspe y del escorpión, admirando el pino del Abuelo, preparando una apetitosa comida en la candela junto a la fuente Gallinero. Una maravillosa y exclusiva vivencia, con su cariño más sincero.

Aquí, a La Cabrilla y con Serafín, se vuelve una y otra vez, porque todos experimentamos con él *el retorno a la Naturaleza*, ese deseo del ser humano de regresar a un estilo de vida sencillo y armonioso, el estilo de vida que él ha conseguido, compatibilizándolo con el necesario progreso.

Serafín, 86 años, 60 años en La Cabrilla, a la que sigue subiendo para sentir más hondo el latido del monte.

DOS PERSONAS EJEMPLARES

Después de conocer a nuestros protagonistas, podemos considerar a don Enrique y a Serafín como hombres risueños y felices, como hombres con suerte, a pesar de las inevitables espinas de la vida.

Sabemos que los dos fueron haciendo su propio destino, con su espíritu libre y recto y su confianza en la providencia. Los dos pudieron dedicarse a lo que más les gustaba, eligieron quedarse a vivir en su Sierra para poder contemplarla hasta el final de sus días. Y en el camino, los dos se encontraron.

Ahora entendemos por qué don Enrique y Serafín tejieron lazos de profunda amistad.

Por su amor por la Sierra de Cazorla y su especial vinculación con La Cabrilla.

Su conexión con la Naturaleza.

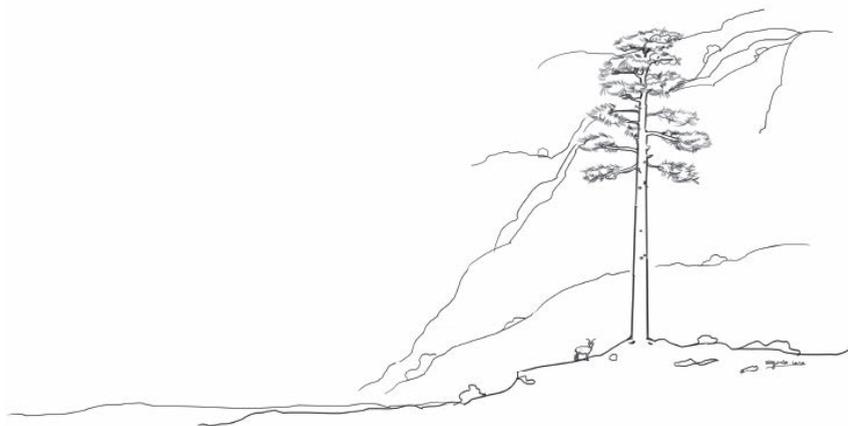
Su sabiduría para el entendimiento de la vida y de las cosas.

Su buen hacer y su facilidad de comunicación con los demás.

Su sencillez, bondad y generosidad.

Su caballerosidad y sus firmes principios.

Esos dones que hacen a las personas grandes y cercanas, que dejan huella.



La Cabrilla. Dibujo de Segundo Lería García, octubre de 2016.

LA CABRILLA DE ENTONCES:

Un camino transversal - mas bien modesta senda de acentuada pendiente- viene de los Prados de Mata, y saliendo por la Boquera de Barranco Gallinero, se une al “camino alto del Cañuelo” de Pozo Alcón.

Todos estos caminos o sendas, y también las veredas que se usan para la circulación interior de la “Cabrilla Baja”, están plagados de asperezas y peligros. Abandonados de siempre y transitados por los ganados..., solamente son practicables para el más modesto de los vehículos, el asno y el mulillo serrano.

Plan Dasocrático de la finca forestal “Cabrilla Baja”, 11-nov-1942; El Ingeniero de Montes, Enrique Mackay

NOTAS

- 1, 3, 7, 9, 13, 14, 18, 20, 22, 24, 29, 30, 32, 36, 37, 38, 42.–Conversaciones con Serafín entre 1977 y 2016.
- 4, 8, 15, 28, 33.–Conversaciones con las hijas de don Enrique Mackay: María, Fe y Felisa entre 1977 y 2013.
- 16.–Conversación con Matilde Gzlez.-Sicilia (nieta política de don Enrique), 29/11/2008.
- 2, 5, 21, 23, 26.–García Fernández, María Rosa: *Historia de una finca y sus fuentes: La Cabrilla Baja*, págs. 152 a 155. *La Sierra del Agua. 80 viejas historias de Cazorla y Segura* (Castillo Martín, Antonio y Oya Muñoz, David). Editorial Universidad de Granada, mayo 2012 y reeditado en mayo 2016.
- 6, 10, 34, 41.–Castillo Martín, Antonio: *Serafín, el guarda de la Cabrilla, y la fuente de la Canalilla*, págs. 230 a 233. *La Sierra del Agua. 80 viejas historias de Cazorla y Segura* (Castillo Martín, Antonio y Oya Muñoz, David). Editorial Universidad de Granada, mayo 2012 y reeditado en mayo 2016.
- 11, 17, 39.–Mackay, Enrique: *Plan Dasocrático de la finca forestal “Cabrilla Baja” del término municipal de Cazorla, Jaén*, firmado el 11/11/1942, actualizado y completado hasta 1969 –su última obra forestal–. Archivo Casa Mackay. Bibliografía y Documentos profesionales.
- 12.–Mackay, Enrique: *Dasometría. Teoría y Técnica de las Mediciones Forestales*. Cazorla. Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes. Sección de Publicaciones. Madrid, 1964.
- 19, 31.–Mackay, Enrique: *Inventario por divisiones y parcelas (Resumen del conteo de pies y de existencias maderables y leñosas). Monte “Cabrilla Baja”, (Jaén)*. Octubre 1959. Archivo Casa Mackay. Bibliografía y Documentos profesionales.
- 25.–*Catálogo de Árboles y Arboledas Singulares de Andalucía, Jaén*. Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía, 2004. *Pino del Abuelo. Cazorla*, pág. 114, código mapa 47.
- 27.–“*El Abuelo*”. Nota manuscrita de Mackay sobre una foto del pino, 1934. Archivo Casa Mackay. Documentos profesionales.
- 35.–Homenaje a don Enrique Mackay el 03/11/1962 del Cuerpo de Ingenieros de Montes en la Nava de San Pedro, Cazorla. Archivo Casa Mackay. Documentos profesionales.
- 40.–*Contrato de 21/03/1970* entre D.ª María Moreno y el maderero Alcón Bou, sobre la finca la Cabrilla Baja. Archivo Mackay. Documentos familiares.
- 43.–García Fernández, María Rosa: *Cazorla y Mackay, un binomio indisoluble. Sierra de Cazorla información*, págs. 10-11; diciembre 2007.
- 44.–Lería Mackay, Enrique: *Proyectos de ordenación de la Cabrilla Baja y ejecución de sus planes especiales*, entre 1987 y 2005. Documentos familiares.

